

Jesús, que ven sucederse á las tristezas de sus alumbramientos los júbilos sin nombre de su fecundidad, y que son al mismo tiempo gloria y alimento del mundo.

Para la mujer que quiere tomar por modelo á aquella dulce Trinidad de la tierra que mora en Nazareth, la Virgen María será escudo y abrigo contra toda tribulación y desmayo. Los dolores y los infortunios de la mujer pagana se resolvían en la desesperación y la muerte; una matrona ofendida ó una doncella mancillada no vacilaban en borrar su afrenta por medio del suicidio; pero la virgen, la esposa, la madre cristianas buscan alivio y remedio en toda pena acerba orando ante los altares de María, meditando sobre los heroísmos de su alma y sobre las enseñanzas de su ejemplo.

Es decir, que así como el Verbo de Dios Encarnado es el tipo de la humanidad regenerada, porque es la Santidad por Esencia, y porque llama con su misericordia á todos los pecadores, así María, Madre de Dios, es más particularmente el tipo de la mujer en todos sus estados, en su misión múltiple y santa, juntando en sí todas las actividades y todos los encantos de la mujer bíblica, con todas las gracias y todos los desasimientos nobles de la mujer del Evangelio; esto es, Sara, Rebeca, Raquel, Esther y Ruth, unidas y completadas con las Paulas, las Pulquerias, las Elenas y las Matildes; y todavía, en la cumbre de estas excelencias,

brillando las almas más ardientemente devotas de la Virgen de las Vírgenes, aquellas puras doncellas de los claustros que santificaron la soledad y el retiro, desde Hildegarda hasta Clara de Asís, desde Catalina de Sena hasta Teresa de Jesús.

En las numerosas devociones de la Virgen María que han surgido en nuestra época, como plantas desconocidas y providenciales para sanar las llagas de la sociedad moderna; devociones henchidas de seductora poesía y mística dulzura, como son las Flores de María, la Corte de María, las Hijas de María, el Corazón de María, las almas buenas y piadosas tienen tesoros de todas las gracias, lenitivo para todas las desventuras; pero será siempre ante el altar de María Dolorosa donde hallaremos mayor número de mujeres privilegiadas que acuden allí para dar honor y alegría á sus padres, para ceñir aureolas perpetuamente virginales, ó para recoger amores castos hacia el compañero de la vida, ó para demandar acierto y superiores auxilios en la educación de los seres nacidos de su seno, á fin de encaminarlos á la verdad y el bien, á la virtud y á las eternidades perpetuas.

Pero si la mujer evangélica recibe especialmente de la Virgen María el secreto de su ennoblecimiento, el estímulo de sus virtudes, y aquellas fajas de luz que rodearon su frente en los felices tiempos de la Caballería cristiana, en aquellos voluntarios holocaustos de las Hermanas

Hospitalarias del siglo XV, y en aquellas maravillosas inventivas de la caridad de Vicente de Paul, los martirios gloriosos de María son igualmente talismán poderosísimo para el perfeccionamiento de todas las almas rectas, de todos los corazones religiosos.

Agitado nuestro corazón en las luchas constantes de la vida, envueltos siempre entre inquietudes y temores, en la triste peregrinación de la tierra, teníamos ante el altar de esa Virgen puerto seguro contra todo naufragio, contra toda zozobra. Creados por Dios, y caídos por la desobediencia de la mujer del Paraíso; regenerados luego por el Verbo de Dios y por la segunda Eva, en la devoción de María respiramos aquel ambiente de verdad y de amor, de humildad y pureza, donde el alma se hace merecedora de sus destinos inmortales. Si Jesús es el fuerte y piadoso lazo que une al hombre con Dios, María es el vínculo infalible que nos une con Cristo y nos identifica con Él.

¡Oh y á quién fuera dado describir las hermosuras y las piedades de las almas que viven en las dulces intimidades de la Virgen María! Nosotros todos hemos podido ver mil veces, con veneración profunda, casi diré con una santa envidia, delante de nuestros tabernáculos, almas que imaginábamos colocadas, por sus intensos fervores, entre el cielo y la tierra. Allí diríase que desaparece todo cuanto es humano, todo pensamien-

to terreno, todo lo que es materia, todo lo que es tiempo y espacio. Esos seres elegidos parecen alimentarse exclusivamente de los manjares del espíritu, porque sólo aspiran á imitar á María, á adorarla y ensalzarla en el templo, en el hogar, en la oración de la mañana, en la plenitud del sol, en las tintas de fuego del Ocaso, que les hacen anhelar con irresistibles ímpetus el fin de la existencia, desatar las ligaduras corporales para volver más libremente á las mansiones del Señor. Representanse á mi imaginación esas almas como aquellas aves delicadas que apenas sienten la necesidad del sustento y no se ocupan de otra cosa que del nido y del canto.

¿Y qué diremos, por último, Señor Excmo., de la fecundidad de los Dolores de María, y de las grandezas y dulzuras de su culto para con esta España amada, la nación singularmente *Mariana* entre todas las naciones del mundo? ¡Oh y cuán bello y cuán consolador es para los hijos de la antigua Hesperia recrearse con las excelencias y las glorias de la Virgen María! Desde que Ella se dignó sentar su planta en las riberas de uno de nuestros ríos más caudalosos, para alentar y bendecir al gran Apóstol que vino á evangelizar nuestro suelo, y para fortalecer el corazón de nuestros progenitores en la fe de Cristo, el culto de María es el sol que alumbró nuestra vida, es la luna que hermosteó nuestras noches, es la fuente que fecundizó nuestros campos, es el lucero que

nos anunciaba las auroras risueñas y los días de sólida ventura. Bajo la devoción protectora de la Madre de Dios se formaron nuestros más famosos caudillos, nuestros más celosos Pastores, nuestros mártires más invictos, nuestros escritores más sabios, nuestros más egregios poetas, hasta el aciago fin de la Monarquía visigoda. María nos defendió después contra la dominación árabe, excitando el valor y el entusiasmo con la Cruz que coronaba el asta de nuestras banderas, entre las cuales descollaba el Estandarte de los Dolores de la Madre de Jesús; insignias venerandas que condujeron tantas veces á los Pelayos, los Ramiros, los Ordoños, los Bermudos, los Alfonsos y Fernandos á las victorias inmortales; y María, en fin, nos ayudó á consumir la empresa gigantesca de nuestra Reconquista con aquella Imagen prodigiosa que presidió los triunfos definitivos de Fernando III, de Isabel I y Fernando V: de todas cuyas hazañas y cuyos laureles, Señores, quedaron eternos testimonios en nuestras montañas, en nuestras llanuras, en nuestros oteros, en nuestras más populosas ciudades y en nuestras aldeas más humildes, desde las faldas del Auseba, en la escondida gruta convertida hoy en grandioso monumento, hasta las Catedrales de Toledo y de Burgos; desde los ríos que saltan en las gargantas abruptas de Asturias y León, hasta los cauces del Genil y del Dauro, corrientes espumosas que bajan despeñadas del Mulhacen y del Veleta, y que

serpentean luego, serenas y profundas, entre feraces campiñas, hasta llevar el caudal de sus cristalinas aguas á las majestuosas ondas del Océano.

La Virgen María siguió protegiéndonos en Trento; y en los mundos que descubrió Colón, y en las expediciones de Cisneros y de Carlos V, y en la antigua *Septa*, acariciada por las olas del Estrecho, y en los no interrumpidos combates de las costas africanas, historia tan ignorada como henchida de épicos episodios, tierra regada nuevamente en los tres últimos siglos con sangre de numerosos mártires; y, finalmente, en nuestra postrera y victoriosa guerra contra el marroquí fanático y el feroz rifeño, donde una epidemia horrible segó más vidas que el fuego y el acero de las grandes batallas: sucesos todos, Señor Excelentísimo, que han hecho tan popular y extendida, tan querida é invocada de nuestro pueblo y de nuestros ejércitos la advocación inolvidable de Nuestra Señora de África (1).

(1) La Santísima Virgen María, venerada bajo la advocación de Nuestra Señora de África, es la Patrona de la ciudad de Ceuta y del Regimiento Fijo que guarnece alternativamente las plazas de Ceuta y de Melilla; y el autor de estos Sermones, Canónigo Doctoral que fué de la Santa Iglesia Catedral de Ceuta desde el año de 1857 hasta el de 1867, y que repetidas veces pronunció el Panegírico de Nuestra Señora, por encargo del Municipio y del Regimiento citados, pudo estudiar y admirar las hermosísimas páginas de fe, de sufrimiento y de constancia, escritas por jefes y soldados españoles, en los diversos y prolongados sitios

Y por todo esto, Señores, por este amparo visible y prodigioso de la Virgen María, esculpido, si así puede decirse, en el libro de nuestra historia nacional, perpetuado en todo linaje de monumentos, simbolizado en cien y cien lienzos gloriosos, que aun hoy mismo ondean en nuestras iglesias y que nos recuerdan el Misterio y el título de los Dolores de esa Virgen; por esto, digo, nuestras Reinas y nuestros Soberanos de los siglos XVII y XVIII, esto es, cuando nuestros laureles militares y nuestra envidiada fortuna comenzaban á padecer eclipses, pero cuando los florones de nuestra literatura asombraban al mundo, consagraron su pensamiento, sus horas, sus ensueños, á la Virgen María; y, para colocar más segura y amorosamente á su pueblo bajo la égida de tan clemente y bienhechora Madre, solicitaban y conseguían de los Pastores universales de la Iglesia Católica celebrar solemnemente la Festividad de los Dolores, no ya sólo en la Semana Mayor, días de la meditación piadosa y de las lágrimas abundantes, sino también en el risueño mes que contempló la Natividad dichosa de la Virgen de Sión, y la imposición del Dulce Nombre de María, prenda cierta de nuestra esperanza y de nuestra ventura (1).

que pusieron á la ciudad de Ceuta los Emperadores de Marruecos, y en las mil asechanzas armadas sin cesar á nuestras tropas por las kabilas fronterizas, en aquellas playas inhospitalarias.

(1) La Reina Doña Mariana de Austria obtuvo de la San-

Resumiendo, Excmo. Señor, las ideas de este Discurso, diremos que los Dolores de la Virgen María, en la Pasión sacrosanta de Jesús, están sobre todo dolor y sobre toda amargura; porque ellos significan la lucha de dos sentimientos intensos que lindan con superiores esferas; y porque siendo espejo clarísimo de amor el Corazón de esa Madre, retrátanse y repercuten en él los martirios todos de su adorable Hijo, penetrando en su alma la espina que hiere las sienas de la Víctima, el clavo que taladra sus manos y sus pies, la lanza que perfora su costado, los gritos que le insultan, y la hiel que han acercado á sus labios: es decir, que todas las heridas dispersas en el Cuerpo del Salvador del Mundo se han juntado en el corazón de María, haciéndola sufrir con esa tortura oculta, con ese dolor invisible, algo de más duro y cruel que la carne desgarrada y la sangre que las heridas destilan, y constituyéndola, por ese

—
tidad de Clemente X un Breve, fechado en 21 de Abril de 1671, por el cual se concedía á todas las Iglesias de España la celebración solemne del Misterio de la Compasión de la Santísima Virgen, en la Feria VI de la Dominica de Pasión: y después, en 17 de Septiembre de 1735, el invicto y Religioso Monarca D. Felipe V alcanzó del Pontífice Clemente XII la gracia de una Fiesta especial, para que la Nación española, tan amante y tan devota siempre de la Madre de Dios, pudiera elevar sus cultos en otra época del año, y con particular devoción, á los arcanos dolorosos de la Corredentora de la humanidad caída; y ésta es la Festividad que, con el nombre de Dolores Gloriosos, tiene lugar en el tercer domingo del mes de Septiembre.

tormento sin semejante, en Reina de cuantos padecieron y murieron por Cristo; hermoso pensamiento que supieron interpretar los grandes pintores y escultores, representando á la angustiada Madre con el pecho traspasado por siete espadas agudas. Pero á más altas cumbres todavía que la cumbre de estos Dolores rayaron la magnanimidad y la gloria de tan celestial criatura, aceptando libremente el cáliz de su sacrificio y de sus imponderables sufrimientos. El legado que de su Caridad sin medida hizo Jesús á las generaciones rescatadas, otorgándoles la dulce maternidad de su propia Madre, es para María un Océano de grandezas y de consolaciones mucho más insondable y extenso que el mar de sus espirituales martirios; y esa maternidad fecunda y bienhechora la ha ejercitado María en todos los grandes centros de la vida religiosa y de la vida moral: en la Iglesia de Cristo, ayudándola á triunfar de sus enemigos, y mostrándola como regeneradora del mundo y Maestra de las naciones: en el camino de las sociedades, siendo Espejo de la Eterna Justicia, Asiento de la Sabiduría, dignificadora de la mujer cristiana, é inspiradora de toda equidad, de toda rectitud y de toda nobleza: en el seno del hogar doméstico, siendo el ángel custodio de los corazones amados, el modelo de incansables solitudes, prenda bendita de paz y de concordia, y garantía de todo bienestar y de toda ventura: en el interior de las almas, ¡ah! en este santuario re-

cóndito y precioso, como Madre de la Divina Gracia, como tipo único de los amores virginales, de castidades sin mancilla, de abnegaciones admirables: en la vida de las naciones, por último, haciéndolas más y más sanables con su poderoso influjo; y en esta nuestra hoy abatida Patria, apareciéndosele como fulgente Estrella que habrá de conducirla un día, si escucha su dulce voz, si es fiel á sus sagradas tradiciones, á las esferas de aquel poderío antiguo y respetado que la hizo dominadora de dos mundos, y consejera y guía de los Príncipes de Europa.

Mis amados hermanos: •He ahí á tu Madre, •*Ecce Mater tua*, dijo el Redentor Jesús al Evangelista del amor, señalándole ante esa Virgen clemente; y en la persona del Apóstol de las visiones apocalípticas lo dijo á la humanidad entera. Acudamos, pues, nosotros á Jesús y á María, para que sean nuestra enseñanza y nuestra salvación en esos torbellinos de la vida terrena, donde puede naufragar á un tiempo todo lo que es materia y todo lo que es espíritu. Todo el humano jinaje habrá de girar siempre en derredor del Verbo Encarnado, cuya Divinidad impuso á su Humanidad el dolor, cuya Humanidad aceptó y padeció el dolor para libertar al hombre; y así las almas cristianas deben girar constantemente en derredor de la maternidad de María, que sufre como Jesús, que ama como Jesús, que anhela, como Jesús, ganar los corazones para la virtud y

el cielo. Bajo la tutela y la devoción de María, Soberana de los Dolores, aprendamos á santificar, como Ella, las acerbidades y contradicciones de la existencia humana: que si el dolor sin lenitivos en la vida y en la muerte, nos haría odiar la naturaleza, porque la naturaleza sola no infunde la esperanza, el dolor que se abisma en la humildad y la plegaria, y se conforma con la voluntad divina, es claraboya rasgada en el espacio, por donde mejor distingue nuestro espíritu la eternidad y la Providencia. Bajo la tutela y la devoción de María, glorificada y enaltecida del cielo y de la tierra por el heroísmo de su dolor, sepamos sacar nosotros del fondo de las tribulaciones aquellos inefables júbilos de que nos dieron ejemplo todos los grandes Santos, y que es el más envidiable distintivo de las almas verdaderamente cristianas, las cuales se representan, por esto mismo, á mi mente como los árboles privilegiados, para los cuales dijérase que no hay Otoño en la naturaleza; porque así como esos árboles, además de alimentarse de sus fuertes raíces y de la abundante savia de su tronco, reciben poderosa vida del rocío de las alturas por sus ramas y por sus hojas, así también aquellos espíritus favorecidos, nutriéndose al par del dolor resignado y de gozos purísimos, creciendo en el acuerdo constante de la libertad humana con la gracia divina, ofrecen continuamente al mundo una florecencia seductora, una fragancia suavísima, y un fruto sabroso y saludable.

¡Oye Tú ahora, Virgen misericordiosa, Refugio de pecadores, Consoladora de afligidos, Esperanza de los infortunados, la fervorosa súplica que eleva hasta tu Trono cada una de las almas que hoy vinieron á venerarte y ensalzarte en este suntuoso templo! ¡Oh Santa Madre mía! Tú me enseñas con tu compasión y tus martirios que no hay acción más sublimemente libre, más intensamente conmovedora, que el dolor convertido en amor para con Dios y para con nuestros hermanos: Tú me dices que sufrir para ennoblecerse, sufrir para socorrer, sufrir para iluminar las almas, es lo más heroico del corazón y lo más delicado del espíritu. Envuelto entre las violentas y ennegrecidas aguas de torrentes mundanos, yo vengo ante tu altar, como el hijo pródigo del Evangelio, empobrecido y enfermo, inquieto y temeroso, agitado por el recuerdo de mis culpas y por el viento de los desengaños. Acuérdate, Virgen Clementísima, de que Aquel que te designó para ser mi dulce Madre, me designó á mí como hijo tuyo, para que me defendieras y auxiliaras. Si hoy faltaron palabras á mis labios para cantar las grandezas de tu dolor, he procurado encender mi pecho en la llama de tu gracia, para amarte y compadecerte. Si hasta ahora anduve errante por los caminos de la iniquidad y por los senderos corruptores del deleite, yo te ofrezco consolar tus amarguras con mi arrepentimiento y mis virtudes, desdeñar ya para siempre los ha-

lagos y las seducciones del mundo, beber gustoso en los puros manantiales de tu dolor y de tu amor el espíritu de caridad y el espíritu de sacrificio, para tener el derecho de llorar contigo y de compartir tu pena:

*Eja, Mater, fons amoris,
me sentire vim doloris
fac, ut tecum lugeam.*

ASÍ SEA.



SERMÓN

SOBRE EL MISTERIO DE LA ASUNCION
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

PREDICADO EN LA

Iglesia parroquial de Santa Marta, de la Ciudad de Astorga,

EL AÑO 1868